



SANDRA
BROWN

*Los secretos
mejor guardados*

Novela Romántica

Han pasado veinticinco años desde que Celina Gaither fuera violada y asesinada en la pequeña ciudad de Purcell. El crimen fue atribuido a un disminuido mental que no pudo alegar nada en su favor, y jamás se celebró un juicio a pesar de las extrañas circunstancias que rodearon la tragedia. Pero Alexandra, la entonces recién nacida hija de Celina, se ha convertido en la ayudante del fiscal del distrito, y vuelve a su ciudad natal dispuesta a obtener justicia.

Alexandra es inexperta pero valerosa, y se enfrenta a todas las fuerzas vivas de Purcell, donde todos quieren olvidar aquel desgraciado episodio. Los principales sospechosos son los tres hombres que estaban enamorados de su madre, tres hombres muy poderosos en Purcell. Celina amaba sólo a uno de ellos, pero jugaba con los tres. Alexandra, vivo retrato de su madre, va descubriendo poco a poco la verdad y, paralelamente, su relación con esos tres hombres es cada vez más estrecha. Las pasiones se desatan y la historia se repite, aunque con un desenlace bien distinto.

1

Más que por la cucaracha, gritó por la uña rota La cucaracha era pequeña, pero la uña estaba hecha una lástima La desportilladura era tan profunda y abrupta que parecía el Gran Cañón del Colorado.

Alex intentó dar a la cucaracha con el tarjetón plastificado del limitado menú que el motel servía en las habitaciones En el reverso anunciaban el bufé mexicano de los viernes ya los The Four Riders, un grupo *country* del oeste que actuaba en el salón Silver Spur desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche.

Su ataque a la cucaracha falló de largo y el bicho se escurrió bajo la coqueta de madera chapada. Ya te pillaré después.

Rebuscó la lima en el fondo del estuche de rogador, que iba a sacar de la maleta cuando el cierre metálico le partió la uña, y la cucaracha salió a inspeccionar a la nueva inquilina de la habitación 125 La habitación estaba en la planta baja del motel Westernet, tres puertas más allá del distribuidor automático de hielo y de las máquinas expendedoras.

Una vez reparada la uña, Alex se echó un último vistazo ante el espejo de la coqueta Era importante que la primera impresión fuese de pasmo Se quedarían de piedra cuando les dijese quién era, pero deseaba que el impacto fuese aún mayor.

Quería dejarlos estupefactos, inermes y sin habla Harían comparaciones, sin duda Eso era algo que no iba a poder

evitar; simplemente, no quería salir mal parada entre los raseros mentales que fuesen a aplicarle. Por poco que ella pudiese, no iban a encontrar tachas en la hija de Celina Gai-ther.

Había elegido cuidadosamente su atuendo. Todo —la ropa, las joyas y los complementos— era de muy buen gusto. El efecto general era elegante pero no solemne, moderno pero no a la última; desprendía un halo de profesionalidad que no comprometía su femineidad.

Su propósito era, en primer lugar, impresionarles, y, luego, sorprenderlos con lo que la había traído a Purcell.

Hasta hacía unas semanas, esa población de treinta mil habitantes no había sido más que un puntito perdido en el mapa de Texas. Había más liebres y ranas que personas. Últimamente, la actividad económica de la ciudad había sido una fuente de noticias, aunque de caudal relativamente pequeño. Concluido su trabajo, Alex estaba segura de que Purcell acapararía los titulares de los periódicos desde El Paso a Texarcana.

Convencida de que no había nada en su aspecto que pudiese ser mejorado de no mediar lo imponderable o una costosísima cirugía estética, se puso el bolso en bandolera, cogió su maletín de piel de anguila y, asegurándose de que llevaba la llave consigo, cerró tras de sí la puerta de la habitación 125.

Durante el trayecto hasta el centro de la ciudad, Alex tuvo que ir a paso de tortuga porque tenía que cruzar dos zonas escolares. En Purcell la hora punta empezaba a la salida de los colegios. Los padres llevaban a sus hijos al consultorio del dentista, a la clase de piano o a los centros comerciales. Puede que algunos fuesen de vuelta a casa, pero la lentitud del tráfico y los embotellados cruces indicaban que nadie se quedaba en casa ese día. La verdad es que no le importó el continuo arrancar y parar. Las pausas le permitían calibrar la personalidad de la ciudad.

Sobre la marquesina de la entrada del Instituto de Enseñanza Media de Purcell ondeaban gallardetes de color negro y oro. La caricatura de una pantera negra le enseñaba los dientes a los automóviles que circulaban por la autopista y un anuncio deletreaba «POUNCE PERMIAN». Sobre el césped del estadio, el equipo de fútbol estaba entrenándose. La banda, con sus instrumentos refulgiendo al sol, ensayaba sobre el terreno su actuación, para el descanso del partido del viernes por la noche.

Parecía una actividad de lo más inocente. Por un momento, Alex lamentó su misión y lo que su resultado significaría, con toda probabilidad, para la comunidad. Pero desechó rápidamente sus sentimientos de culpabilidad al recordarse a sí misma por qué estaba allí. Un cúmulo de rechazos, y las duras acusaciones de su abuela, se habían sedimentado en su mente e impedían que, ni por un segundo, olvidase lo que la había llevado hasta ese punto en su vida. No podía permitirse el sentimentalismo de lamentar nada.

El centro de la ciudad estaba casi desierto. Muchas oficinas y edificios comerciales que daban a la plaza estaban cerrados y precintados. Los signos de cierre judicial eran incontables.

Las lunas de los escaparates, tras las que antes se habían exhibido tentadoras mercancías, estaban llenas de pintadas. En la puerta de una lavandería abandonada, la advertencia de la casa: «No se responde de lo que se pierda», había sido alterada por alguien y decía: «No se responde de la mierda». Era una gráfica síntesis del clima económico imperante en el condado de Purcell.

Alex aparcó frente al Palacio de Justicia y echó monedas en el parquímetro. El Palacio de Justicia había sido construido en granito rojo, extraído de las tierras altas y transportado por ferrocarril hasta Purcell, noventa años atrás. Talladores italianos habían esculpido pretenciosos grifos y gárgolas en todos los rincones viables, como si la

cantidad de decoración justificase el gasto de su encargo. El resultado era ostentoso, pero el abigarramiento era uno de los atractivos del edificio. Sobre la cúpula, la bandera de Texas y la federal ondeaban con el fresco viento del norte.

Después de haber trabajado en el edificio del Parlamento en Austin durante el año anterior, a Alex no le intimidaban los edificios oficiales. Abordó los escalones del Palacio de Justicia con paso decidido y abrió la pesada puerta. En el interior, el enlucido de las paredes estaba desconchado y había evidentes muestras de abandono. Las baldosas de aglomerado del suelo tenían tenues grietas que se entrecruzaban como las líneas de la palma de una Vieja mano.

El techo era alto. Los pasillos, encrucijados de corrientes de aire, olían a detergente de poderosa fuerza limpiadora, a enmohecidos libros de registro ya una sobredosis de perfume que emanaba de la secretaria del fiscal, que alzó la mirada cuando Alex entró en la oficina.

—Eh, hola; ¿te has perdido, guapa? Vaya pelo bonito. Me encantaría poder llevarlo recogido en un moño así. Hay que tener las orejas muy pequeñas, y no como las mías, que parecen asas. ¿Te pones algo para darle esos reflejos rojizos?

—¿Está en su despacho el fiscal Chastain?

—Claro, guapa. ¿Para qué quieres verle? Está bastante ocupado hoy.

—Pertenezco a la oficina del fiscal del condado de Travis. Creo que el señor Harper llamó de mi parte.

La bola de chicle del interior del carrillo de la secretaria cesó en su trajín.

—¿Es usted? Esperábamos a un hombre.

—Pues ya lo ve —repuso Alex, moviendo los brazos con gesto significativo.

La secretaria pareció contrariada.

—Digo yo que lo normal sería que el señor Harper hubiese aclarado que su ayudante es una mujer, pero, ¡hala!

—dijo, haciendo un ademán que dejó ver su fofa muñeca

—, ya sabes cómo son los hombres Pero bueno, guapa, llegas puntual a la cita Me llamo Imogene. ¿Quieres café? Qué conjunto más espléndido llevas, es tan elegante Ahora se llevan las faldas más cortas, ¿verdad?

—¿Han llegado ya las partes? —dijo Alex, a riesgo de parecer mal educada.

Justo en ese momento, se oyó una risa masculina al otro lado de una puerta cerrada.

—¿Tú que dirías, guapa? Deben de haber contado algún chiste verde para calmarse. Están que arden por saber de qué va todo ese secreto de la reunión. ¿A qué viene tanto misterio? Al señor Harper no le dijo a Pat por qué venía a Purcell, y eso que son amigos desde el colegio. ¿Tiene algo que ver con la licencia de juego de EM?

—¿EM?

—Empresas Mirton.

La secretaria lo dijo como sorprendida de que a Alex no le fuese familiar el nombre.

—Quizá no deba hacerles esperar más —sugirió discretamente Alex, eludiendo la pregunta de Imogene.

—Venga, pues, que a lo mejor hablo más de la cuenta. ¿Dijiste que querías café, o no, guapa?

—No, gracias.

Alex siguió a Imogene hacia la puerta. Le latía el corazón dos veces más deprisa que de costumbre.

—Perdón —dijo Imogene, al asomar la cabeza por la puerta del despacho—, la ayudante del fiscal Harper está aquí. La agradable sorpresa que se van a llevar —añadió, volviéndose hacia Alex. Un par de pestañas impregnadas de rímel azul se cerraron en un guiño de complicidad—. Pasa, guapa.

Alex, dándose ánimo para la más crucial cita de su vida, entró en el despacho.

Resultaba obvio, por el relajado ambiente que los hombres que allí estaban esperaban encontrarse con un hombre. En cuanto cruzó el vano e Imogene hubo cerrado la

adintelada puerta, el hombre que estaba sentado detrás de la mesa se puso de pie en seguida. Apagó el puro en el grueso cenicero de cristal y se puso la americana que tenía colgada en el respaldo de la silla.

—Pat Chastain —dijo, tendiendo la mano—. Lo de «agradable sorpresa» se queda corto. Pero es que mi viejo amigo Greg Harper siempre tuvo buen ojo para las señoras; No me sorprende ni pizca que tenga a una mujer tan hermosa trabajando con él.

Su sexista observación hizo que a ella le rechinasen los dientes, pero se contuvo. Incluyó la cabeza a modo de reconocimiento del cumplido de Chastain. La mano que estrechó con firme apretón estaba tan cargada de anillos de oro macizo que habría podido servir de ancla de un transatlántico.

—Gracias por concertar esta reunión, señor Chastain.

—Ningún problema. Estoy encantado de seros útiles a ti ya Greg. Y llámame Pat.

La cogió por el codo y la hizo volverse hacia los otros dos hombres, que se habían levantado respetuosamente.

—El señor Angus Minton y su hijo Junior —los presentó Pat Chastain—. Señores... —añadió.

Verlos ahí delante, mirarlos directamente a la cara por primera vez, le produjo una extraña y poderosa sensación. La curiosidad y la antipatía pugnaban en su interior. Deseaba ponerles los puntos sobre las íes y atacar directamente. Sin embargo, adoptó las consabidas y civilizadas maneras, y tendió su mano.

Una mano tachonada de callosidades la saludó en un apretón en el límite de lo que hubiese resultado doloroso, pero tan franco y cordial como el rostro que le sonreía.

—Encantado, señora. Bienvenida a Purcell.

Angus Minton tenía el rostro muy curtido y moreno, castigado por el lacerante sol del verano, por el gélido viento del norte y por años de trabajo a la intemperie. Unos inteligentes ojos azules titilaban ante ella desde unas cuencas

de las que irradiaban amistosos destellos. Tenía una voz bronca. Alex adivinó que su risa sería de volumen parecido al de sus anchos hombros y su prominente barriga de bebedor de cerveza, acaso su único exceso. Por lo demás, daba la impresión de ser fuerte y estar en forma. Incluso un hombre más joven y fornido habría rehuido pelear con él por lo mucho que imponía. Pero, pese a su fortaleza, tenía el candoroso aspecto de un niño.

El apretón de manos de su hijo fue más suave, pero no menos cordial y amistoso. Abarcó la mano de Alex con calidez.

—Junior Minton. ¿Cómo está usted? —dijo con una voz que inspiraba confianza.

—¿Y usted?

No aparentaba sus cuarenta y tres años, sobre todo si sonreía. Sus regulares y blancos dientes relucían y un malicioso hoyuelo en la mejilla sugería que no debía de ser mejor pieza que lo que las circunstancias requiriesen. El azul de sus ojos, ligeramente más oscuro que el de su padre, pero de idéntica picardía, se posó en ella lo bastante como para comunicarse que ellos dos eran lo único que importaba entre aquellas cuatro paredes. Ella retiró la mano antes de que Junior Minton pareciese dispuesto a soltarla.

—Y por ahí anda Reede, Reede Lambert.

Alex miró en la dirección que Pat Chastain le indicaba y vio al cuarto hombre, en quien hasta entonces no había reparado. Desdeñando el protocolo, seguía repantigado en una silla en un rincón del despacho. Con las piernas cruzadas a la altura de las rodillas, movía insolentemente sus raídas camperas con la puntera apuntando al techo. Tenía las manos displicentemente cruzadas sobre la hebilla de un cinturón tejano; las desentrelazó lo bastante para dejar asomar dos dedos y tocarse el ala de su sombrero vaquero.

—Señora —dijo.

—Señor Lambert... —correspondió ella con frialdad.

—Aquí; siéntate aquí —le rogó Chastain, señalando a una silla—. ¿Te ha ofrecido café Imogene?

—Sí, pero le he dicho que no estaba para café. Me gustaría pasar en seguida al objeto de la reunión, si es posible.

—Por supuesto que sí. Acerca esa otra silla, Junior y tú, Angus —dijo Chastain, asintiendo con la cabeza e indicándole al padre que volviese a sentarse.

Cuando estuvieron todos sentados, el fiscal volvió a su silla de detrás de la mesa.

—Bien, señorita... Oh, soy un desastre; tantas presentaciones y no sé su apellido.

Alex pasó a ser el centro de atención, y cuatro pares de ojos la enfocaron, aguardando con curiosidad a oír su apellido. Ella se tomó su tiempo, para escenificarlo mejor, porque sabía que al decirlo provocaría una fuerte reacción. Quería observar y catalogar las reacciones de cada uno. Hubiese preferido poder ver mejor a Reede Lambert. Estaba sentado un poco más atrás y sólo lo veía en parte; su sombrero vaquero apenas dejaba ver más que la parte inferior de su rostro. Alex respiró profundamente antes de hablar.

—Soy Alexandra Gaither, la hija de Celina. Un asombroso silencio siguió a sus palabras.

—¿Quién es Celina Gaither? —preguntó al fin Chastain sobreponiéndose a su perplejidad.

—¡Hoostia! —exclamó Angus, hundiéndose en la silla como un globo desinflado.

—La hija de Celina. Dios mío, es increíble —musitó Junior—. Es increíble.

—¿Quiere alguien explicarme de qué va esto, por favor? —dijo Pat, aún confundido.

Pero nadie le hizo caso.

Los Minton la miraron fijamente, buscando en su rostro el parecido con su madre, a la que tan bien habían conocido. Por el rabillo del ojo, Alex vio que la puntera de la bota

de Lambert ya no oscilaba; había enderezado sus rodillas y se había erguido en su silla.

—¿Pero qué ha sido de ti durante todos estos años? —preguntó Angus.

—¿Cuántos años han pasado? —preguntó Junior.

—Veinticinco —concretó Alex—. Yo tenía sólo dos años cuando la abuela Graham se marchó de aquí.

—¿Y cómo está tu abuela?

—En una clínica de Waco, muriendo de cáncer, señor Minton.

Alex no creyó que mereciese la pena tratar de no herir su sensibilidad.

—Está en coma —añadió.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Y dónde habéis vivido durante todo este tiempo?

Alex dio el nombre de una ciudad del centro de Texas.

—Vivimos allí durante toda mi vida..., por lo menos, que yo recuerde. Allí terminé el bachillerato, fui a la Universidad de Texas, a la Facultad de Derecho. Me licencié el año pasado.

—La Facultad de Derecho. Casi nada. Así que te ha ido bien, ¿eh, Alex? Muy bien. ¿Verdad, Junior?

Junior Minton exhibió su mejor sonrisa.

—Vaya que sí. Has cambiado mucho desde la última vez que te vi —dijo, bromeando—. Si no recuerdo mal, tenías los pañales mojados y ni un solo pelo en la cabeza.

Teniendo en cuenta cuál era la razón por la que se había preparado la reunión, ese coqueteo hizo que Alex se sintiese incómoda. Se alegró de que Pat Chastain volviese a intervenir.

—Odio interrumpir un reencuentro tan emotivo, pero sigo a oscuras.

—Celina fue compañera de colegio de Junior y de Ree-de —le explicó Angus—. Íntimos amigos, en realidad. Era

difícil ver a uno sin verlos a los tres cuando iban al instituto. Vaya trío.

Los ojos de Angus se empañaron y movió la cabeza, apenado.

—Celina murió; una tragedia —añadió, haciendo una pausa para recobrar la compostura—. El caso es que es la primera vez que sabemos una palabra de Alexandra desde que su abuela, la madre de Celina, se marchó de aquí con ella. Pero qué diantre, ¿no es fantástico tenerte de nuevo en Purcell? —concluyó sonriendo y dándose una palmada en el muslo.

—Gracias, pero... —dijo Alex, abriendo su maletín y sacando un sobre de papel de Manila—. No he venido para quedarme, señor Minton. La verdad es que estoy aquí en misión oficial —añadió acercándole el sobre por encima de la mesa al fiscal, que la miraba perplejo.

—¿En misión oficial? Cuando Greg me llamó y me pidió que colaborase con su fiscalía, dijo algo de reabrir un caso.

—Ahí está todo —dijo Alex señalando el sobre con la cabeza—. Le sugiero que lo lea atentamente, hasta el último detalle. Greg Harper le ha pedido la total cooperación y ayuda de su fiscalía y de todos los departamentos de la Delegación de Justicia, señor Chastain. Me aseguró que usted se atendería a su petición durante todo el tiempo que durase mi investigación.

Alex cerró el maletín con ademán concluyente, se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Investigación?

El fiscal Chastain se puso en pie, y también los Minton.

—¿Trabaja usted con la Comisión de Carreras Deportivas? —preguntó Angus—. Ya se nos había avisado de que se nos sometería a una concienzuda investigación antes de concedernos la licencia de apuestas, pero creíamos haber pasado ya el examen.

—Creía que, salvo cuestiones de trámite, ya estaba todo aclarado —dijo Junior.

—Y, que yo sepa, así es —repuso Alex—. Mi investigación nada tiene que ver con la Comisión de Catreras, ni con que se les conceda una licencia para las apuestas hípcas.

Al ver que ella no daba detalles, Chastain se decidió a preguntar:

—Bueno, pues entonces, ¿con qué tiene que ver, señorita Gaither?

Alex se irguió todo lo que pudo antes de contestar.

—He reabierto un caso de asesinato de hace veinticinco años. Greg Harper le pidió su ayuda, señor Chastain, porque el crimen se cometió en el condado de Purcell.

Miró a Angus y a Junior a los ojos; luego dirigió la mirada al sombrero de Reede Lambert y la sostuvo un instante.

—Aunque sea lo último que haga, voy a averiguar quién mató a mi madre.

2

Alex se quitó la chaqueta, la sacudió y la dejó sobre la cama del motel. Tenía las axilas húmedas y las rodillas a punto de doblársele. Sentía náuseas. La escena en el despacho del fiscal la había afectado mucho, aunque se resistiese a reconocerlo.

Había salido del despacho de Pat Chastain con la cabeza bien erguida. No había salido con paso excesivamente rápido, pero tampoco se había entretenido. Se había despedido con una sonrisa de Imogene, quien, obviamente, había estado escuchando detrás de la puerta a juzgar por lo boquiabierta que estaba y por la estupefacta mirada que pasó sobre Alex.

Alex había ensayado bien el pistoletazo de salida, perfectamente coordinado y ejecutado. La reunión había transcurrido tal como la había planeado, pero sintió un enorme alivio cuando terminó.

Tenía toda la ropa pegada al cuerpo y fue desvistiéndose. Le habría encantado pensar que lo peor ya había pasado, pero se temía que estaba aún por llegar. Los tres hombres a quienes acababa de enfrentarse no iban a cruzarse de brazos. Tendría que enfrentarse con ellos de nuevo, y cuando lo hiciese, no la recibirían con tanta cordialidad.

Angus Minton parecía dotado de tan buena voluntad como Papá Noel, pero Alex sabía que nadie que estuviese en la posición de Angus podía ser tan inofensivo como él trataba de aparentar. Era el hombre más rico y poderoso de todo el condado. No se llega a una posición así con una

conducta intachable. Lucharía para conservar lo que había amasado durante toda una vida.

Junior era un zalamero que sabía cómo agradar a las mujeres. Se conservaba bien. Había cambiado poco desde las fotografías que Alex había visto de él siendo adolescente. También sabía que procuraba explotar sus encantos. No iba a serle difícil sentirse atraída por él. Tampoco, el considerarlo sospechoso de asesinato.

Reede Lambert era, para ella, el más difícil de encasillar, porque la impresión que tenía de él era muy vaga. A diferencia de los demás, apenas había podido mirarle directamente a los ojos. El Reede de carne y hueso parecía un tipo mucho más duro y fuerte que el muchacho que aparecía en una de las fotos de la caja donde las guardaba su abuela. Su primera impresión fue la de una persona hosca, poco cordial y peligrosa.

Estaba segura de que uno de esos tres hombres había matado a su madre.

Celina Gaither no había sido asesinada por el acusado, Buddy Hicks. Su abuela, Merle Graham, había inculcado esta idea a Alex durante toda su vida, como si se tratase del catecismo.

«Dependerá de ti, Alexandra, poner las cosas en su sitio —le decía Merle casi todos los días—. Es lo mínimo que puedes hacer por tu madre» y entonces solía mirar apenas una de las muchas fotografías enmarcadas de su hija asesinada que tenía repartidas por toda la casa. Mirar aquellas fotografías hacía que, invariablemente, rompiese a llorar, y nada podía hacer su nieta por consolarla.

Hasta hacía unas pocas semanas, sin embargo, no había sabido Alex de quién sospechaba Merle. Llegar a saberlo le supuso pasar por el momento más amargo de su vida.

Respondiendo a una llamada urgente del médico que atendía a su abuela en la clínica, había ido inmediatamente por carretera a Waco. Era una clínica tranquila, inmaculadamente limpia y atendida por profesionales responsables. La